

Mariel, la tirana ...



Anoche, dormí muy poco. Hoy, me levanto cansado y mal dormido. Con Mariel tuvimos sexo salvaje, que prolongamos sabe Dios por cuántas horas, reemplazando al sueño. Creo haberla hecho feliz. Me preocupé mucho, por ella.

La amo sexualmente, o sea, la amo con toda la fuerza y la locura de que es capaz un hombre. Y ahora en este día, completando mi cariño, quiero aportarle mi esfuerzo y mi trabajo.

Solamente importa para mí, que ella sea feliz. Es la felicidad de lograr que ella esté bien, con lo cual me demuestro a mí mismo, mi fuerza y mi potencia como hombre.

En el fondo siento la alegría, el ímpetu y la responsabilidad de ser el varón de la pareja. Como puedo, luchando con mis párpados que pugnan por caerse, higienizo, afeitado y peino mi cansada humanidad. El agua caliente de la ducha, me relaja y siento un cariño maternal que me envuelve, al secarme con la toalla. Sigo pensando en ella, enamorado. Alguien dijo que estar enamorado, es sobrevalorar las virtudes de esa hembra, por encima de todas las demás.

La ropa que usé ayer, nuevamente es la de hoy. Ella prometió plancharme hace dos días la camisa, pero – simplemente - se olvidó. No trabaja, desde que seis meses atrás fue despedida, pero debe estar cansada y ocupada en otras cosas. No importa, si no me quito el saco, las arrugas de la camisa, ni se notan. Es tan bella, su piel es tersa y suave como la más fina de las sedas...

Estampa un beso en mi boca al cruzarme y desaparece tras la puerta del baño. El espejo de nuestro dormitorio devuelve mi figura, la cual mejoro introduciendo el vientre. Contraigo los bíceps y los hombros, buscando parecerme al atlético muchacho que soñé. Por la ventana observo el despertar de la ciudad. El escaso tráfico de autos y de gente me confirma que es temprano. Tengo tiempo para unos minutos más con ella...

Una ráfaga de aire me llega hasta lo profundo de mi cuerpo y despeja transitoriamente mi mente del cansancio. Enciendo la radio tenuemente y bailo, siguiendo los acordes de una melodía dulce y suave. Simplemente estoy feliz. Con toda la fuerza para enfrentar al mundo.

- (*¡La pileta está llena de pelos!*) – (Me pareció escuchar a través de la puerta cerrada. O acaso le estará pasando algo...)
- *¡¡LA PILETA, LA PILETA ESTA LLENA DE PELOS...!!!* – es ella quien me grita desahogada, abriendo la puerta del baño.



Mis párpados vuelan hacia arriba, denunciando mi sorpresa. No sé qué responderle. La miopía, sin anteojos, solo me permite ver el blanco piletón y no los pelos que pude haber dejado al peinarme y afeitarme.

Mudo, calzándome los anteojos, observo el foco causal de la tormenta. Algunos cabellos (¿Seis? ¿Ocho?... ¿Diez?), yacen dispersos en un fondo blanco. Un *copito de espuma*, resabio del jabón de la afeitada, anida minúsculos tronquitos de mi barba, mientras hace equilibrio en la inoxidable perilla del agua caliente.

- *¡Y por esto me haces tanto lío...!*

Me precipito en una catarata incontenible de errores. Debí permanecer callado, limitándome a limpiar, pero arrojé nafta sobre su inflamada ira.

- *iiiiiiiiiiiSos un mugriento y me tenés podrida...!!!!!!!*

No hay excusa que la calme ni nada que logre conformarla. La casa debe estar limpia y ordenada. No porque ella se deslome en su limpieza como cualquier obsesiva conocida, sino basándose en que nadie tiene que ensuciarla. Es como caminar, pretendiendo que no se ensucien los zapatos.

— *¡¡¡Yo no soy tu sirvienta, ni tu mucama. Me tenés cansada, podrida, no puedes hacerme esto...!!!-* me grita desahogada.

— *Es que sin anteojos no veo el detalle...* - trato erróneamente de excusarme.

— *¡¡¡¡¡Terminala!!!!!! ¿Tengo que estar atrás de tu mugre? Ah no, así no quiero vivir...* - me responde enojada y fuera de sí.

Me insulta hasta cansarse; se arrepiente de haberme conocido y empieza a llorar, boca abajo, tendida en la cama sin hacer. Cuando intento consolarla, emite gritos y propina puñetazos a su almohada.

- *¡¡¡¡¡El desayuno hacéte lo vos...!!!!-* es lo último que le escucho.

Salgo sin desayunar, para evitar que continúe su agresión. Mientras el tren me lleva hacia el trabajo, mi cabeza comienza a realizar un balance de mi vida al lado de ella.

Pienso y pienso. Y no paro de pensar. Qué difícil convivir, compartir cada segundo. Hasta se comparten bacterias en un intercambio microscópico. Una vida se estructura en el entramado de la otra. Conceder, ceder, para aportar y levantar. Un mezclarse y combinarse entre dos yo. Que a veces no se mezclan ni combinan. Como el agua y el aceite... Como Mariel y yo.

Hace diez meses me casé y comienzo a sentirme un triste prisionero de su desequilibrio. Me casé profundamente enamorado. Veía sus ojos negros penetrando en mi alma y recorriéndola suave y tiernamente. Escuchaba su voz, más dulce que la miel, aunque solo respondiese con escuetos monosílabos, haciéndolo a mi cuerpo estremecer. El amor te

vivifica y renueva en todos tus sentidos. En todos, es cierto, salvo en uno: el sentido común.

Oírla hablar de niños y ancianos necesitados, de pobres y de inválidos, estremecía hasta la última fibra de mis fibras. Su cintura, sus caderas y su pelo echado al viento, me emocionaron al verla por primera vez. Hasta la gente caminando por la calle, me parecía más afable y bondadosa después de haberla conocido a Mariel.

¡Cómo no amarla!. Estaba bebiendo más allá de lo normal, pero la conocí y me aparté del vicio. Dejé de jugar en el hipódromo y hasta fui más estable en mis trabajos. El amor pasional que se encendió en mi alma, apagó el fuego de las demás pasiones que hervían sin control en mi interior. ¿O habré cambiado simplemente de droga y me volví adicto a Mariel, de la cual hoy día no puedo separarme?

Sin embargo, desde el primer momento todos mis amigos me reprochaban y me advertían, de su inefable inmadurez. Yo no la veía y hasta sus defectos, me parecían encantadores... Hasta me peleaba con aquellos que me señalaban o insinuaban, algún mínimo defecto en ella. Tuve que alegrar que la amaba porque sí, sin razón alguna para amarla. Me autoconvencía que después de todo, en mi querer, nadie debía mandarme en mis afectos, ni decirme nada. Ratificaba con mi vida y con mis sufrimientos, aquello de que no hay mayor ciego, que el que no quiere ver.

Encontraba demasiadas razones para amarla, pero ninguna para dejar de hacerlo y quizás en eso, estaba gestándose el fracaso. Mi fracaso. Mi rotundo fracaso al lado de ella.

Ahora, en una paradoja trágica, comprendo que si no me casaba, iba a lamentarlo. Pero también compruebo - *a pesar mío* -, que lamento demasiado haberlo hecho. Creo que hiciese lo que hiciese, en castigo por haberla conocido, estaba escrito en las estrellas mi lamento y mi dolor.

¿Acaso llegar a ser feliz al consumarse la unión de dos personas, sea producto del azar, del mezclarse dos casualidades y no influyan otras cosas en ese resultado? Tantas pruebas psicológicas, tanto auto conocimiento, tanto estudiar si dos personas podrían compatibilizar entre sí ¿garantizan algo de éxito?

O simplemente seguir lo que dicta nuestro corazón ¿mejora la elección, garantiza la armonía y da algo - *aunque sea pequeño* - de felicidad perdurable? ¿Superan los pronósticos que emiten los horóscopos a las antiguas decisiones tomadas por los padres, respecto a quienes entre sí debían casarse?

¿Acaso aquellos que pretenden que el amor dure diez años como mucho, piensan en el dolor y sufrimiento de los hijos que vendrán, cuando vean a sus padres separados?. Programar la vida y la felicidad, sabiendo que el dolor destructivo espera inevitable al comienzo del camino ¿*es realmente amor*?

Antes de conocerla buscaba brindarle mi amor a una mujer que fuese dulce, que me llenase de mimos, que me motivase a luchar hasta el frenesí de perderme dentro de ella. Hoy,

nuevamente estoy buscando eso. Los mismos motivos que ayer me unieron a ella, son los que me impelen hoy a separarme. Paradoja cruel y triste del destino. Si ella supiese por qué fue tanto el amor que yo sentí, sabría por qué estoy ahora dejando de quererla.

Me resisto a creer que nuestros besos, fueron el simple acercamiento de dos pieles y la fusión de dos estúpidas y alegres fantasías neuróticas. Siempre hay mucho de locura en la pasión y hasta algo de razón, en la locura. Pero recién ahora empiezo a vislumbrarlo. *¿Acaso el vivir en pareja compartiendo realidades, devolvió mi vista ante el ciego amor que oscureció mis ojos y me llevó a embarrarme, hundiéndome en los pantanos de la vida...?*

Nunca me había planteado la vida en estos términos, pero el dolor de convivir con una mujer que te desprecia, te denigra y amenaza abandonarte a cada paso, te persigue a toda hora y acorrala. Son pocos los momentos en que se logra olvidar y no pensar. Y eso te mata... o te levanta y robustece. Quizás, hasta me recibí de filósofo en la Universidad de la Vida, al tratar de entender el por qué, de tanto dolor que me aplasta y el sufrimiento que aguanto y sin embargo, no la dejo...

Ya me decidí. Voy a consultar con un abogado y me voy a separar. Se terminó todo entre ella y yo. ¡Hasta aquí llegó mi amor! Estoy decidido, le enviaré hoy mismo una carta documento, para que no me acusen de abandono del hogar. Pediré a algún amigo, que me deje llevar mis cosas a su casa y me alojaré en un hotel... No voy a dar un paso atrás. No voy a dar un paso atrás. ¡No voy a dar un paso atrás!...

Pero llego a la estación terminal, busco un teléfono y la llamo... Estoy repleto de razones para despreciarla y separarme. Pero la sigo queriendo y necesito hablarle, aunque me insulte...

Por teléfono me trata bien, como si nada hubiese pasado. Como si jamás, me hubiese gritado ni denigrado como a un paria. No me pide perdón, sino que llena de abundante miel, los encantadores sonidos de su voz. Es una sirena astuta, que con su canto telefónico, me lleva para donde quiere... como a un pobre títere, juguete desarticulado de su despiadada voluntad. Ese canto, reconozco que me transporta por el aire, como un narcótico que se apodera maléfico de mi cerebro, de mis fibras y de mi corazón... Su voz, es una melodía suave que desarma mis planes y estrategias.

Pero una vez que corto la llamada, vuelvo a ser yo. Y la odio con furia y me detesto. Por un instante, en un segundo de furor, se cruza la imagen del revolver calibre 38 que guardo en la baulera. Asustado, trato de pensar que nunca me lo imaginé, que nunca lo pensé apuntado directo a la cabeza de Mariel. Me detesto, al sentir que su amor, aunque sea por un pequeño tiempo – ¿Minutos? ¿Horas? -, probablemente lo tenga asegurado, luego de ese estratégico llamado telefónico. Me doy el lujo de detestarme, aunque sea por un pequeño tiempo, mientras estoy alejado de ella pero con su cariño, “ilusoriamente” asegurado. Me doy el lujo de volver a ser yo, pero también en esos momentos me doy cuenta, cuan abajo

que caí, al lado de ella. Y en esos segundos, me siento tan seguro como cualquier adicto, que tiene en sus bolsillos su próxima pequeña dosis, parcialmente asegurada.

“El cerdo ama revolcarse en el chiquero, en el lodo. Y come feliz, todo tipo de basura...” La frase, está escrita en el libro de texto que un niño lee en el autobús, al lado mío. Miro a través de la ventanilla y me parece que el destino burlón, la hubiese escrito para mí... como una bofetada. Y recuerdo a mi madre, que siempre me decía: “Hay vivos, porque hay tontos que se lo permiten...”

Mi problema más dramático es que la amo y que hasta ahora, fui capaz de aguantar y sufrir las consecuencias... a cualquier precio. Hasta me convengo a mí mismo, que el amor que por ella siento, es lo único sublime que puede crecer en mi reseca alma. Debería apartarla de mi vida, porque sé que nunca va a cambiar... pero ese sentimiento salvador, lo siento por un rato y luego, se extingue, pues vuelvo a extrañarla y más que antes. Si lo que vivo no es locura, se asemeja demasiado. Temo haberme vuelto un adicto. Adicto a una persona. Adicto a Mariel... Como a una droga maldita que no puedo prescindir de ella y que terminará produciendo en mí – lo presiento -, una seducción suicida, como única salida de este infierno insoportable.

Fin

“Es una locura amar de esta manera, a menos que se haga con la locura inexplicable con que lo estuve haciendo... pero me doy cuenta de que cuando comienza a suspirar mi corazón, expira mi razón y soy el muñeco de trapo de su vida.

La amo y me odio por amarla. Pero cuanto más quiero alejarme, mi neurosis de abandono me aproxima más y más... y me devora.”

Del diario de Miguel L... (Rosario 1971)